

La experiencia docente del autor se hace evidente en la presentación didáctica de la materia, que destaca por la claridad y el orden de su exposición. La obra se estructura de una forma sistemática y homogénea con secciones similares en cada capítulo, lo cual permite realizar una comparación muy cómoda de un mismo aspecto, ya sea a lo largo de los diferentes períodos distinguidos, en el caso del primer volumen, o bien entre los distintos latines sectoriales, en el caso del segundo. Por otra parte, la obra está provista de un útil glosario y de una bibliografía comentada, lo cual es una gran ayuda para profundizar en la materia.

Podemos afirmar, en conclusión, que estamos ante una obra que se convertirá en un referente dentro de los manuales de historia de la lengua latina y que, sin duda, será de gran utilidad, por su orientación didáctica, para los estudiantes universitarios, pero también para todos los investigadores de la lengua latina, dada la gran erudición y experiencia que hay en sus páginas.

Alberto ALONSO GUARDO
Universidad de Valladolid

Rubén FLORIO, *Transformaciones del héroe y el viaje heroico en el Peristephanon de Prudencio*, 2ª ed., Bahía Blanca, Ediuns, 2011, XXXV + 267 pp. ISBN 978-987-1620-56-2.

El profesor Rubén Florio (F.) nos presenta una edición corregida y ampliada de este libro que ya publicara en 2001, aunque, como se desprende de la “Nota a la segunda edición”, estas adiciones parecen haber sido bastante limitadas. Como gran conocedor de la literatura latina en general y de los poemas de Prudencio en particular, F. nos ofrece una lectura del *Peristephanon* en perspectiva sincrónica, esto es como documento de una época de consolidación del Imperio cristiano de Roma, superadas ya las primeras fases de lucha y resistencia frente al ideario pagano, pero también en perspectiva diacrónica, es decir, como fruto de la adaptación consciente –aunque no solo– de todo el bagaje literario clásico griego y latino y, de forma muy destacada, de las obras de Virgilio y de Lucrecio.

El libro consta de una introducción, cinco capítulos, conclusiones y bibliografía. En la Introducción (pp. XI-XXXV) se aborda un concepto genérico como el de ‘tradición’ y su aplicación a la “transacción y trasiego” que del género épico y la figura del héroe se produce en textos latinos cristianos como los de Juvenco, Sedulio o el propio Prudencio. Aunque el planteamiento y lo que aquí se dice es plenamente aceptable, echo en falta una referencia a los trabajos en los que específica o tangencialmente Christian Gnilka ha abordado este fenómeno de la *chrêsis orthê* o *usus iustus* del corpus literario clásico por parte de los cristianos (véase por ejemplo mi libro *La poesía de Prudencio*, Huelva-Cáceres, 1996, p. 193, o bien mi reseña a los “Collected papers” de Gnilka en *Exemplaria* 6, 2002, 275-282).

Los cinco capítulos llevan los títulos de “Continuidad y transformaciones” (pp. 1-8), “Prudencio” (pp. 9-65), “Viaje heroico: hasta y en Prudencio” (pp. 67-174), “Culto de los mártires” (pp. 139-174) y “El ideal heroico cristaliza en Prudencio” (pp. 175-221), y en ellos F. despliega su profundo conocimiento de la obra prudenciana y del pensamiento cristiano de la época, a la vez que los pone en relación con personajes, pensamientos y géneros literarios de la antigüedad pagana, todo ello apoyado en las notas (situadas, lamentablemente, al final de cada capítulo) mediante el sólido soporte de muchos textos y de bibliografía secundaria. El lector que recorra estas páginas alcanzará una visión más plena de los himnos martiriales de Prudencio, por cuanto son vistos a la luz de la doble perspectiva a que he hecho referencia, pero además podrá entender mejor el ambiente político, cultural, religioso y artístico de este final del siglo IV, así como el decurso de Roma desde su sometimiento a Augusto hasta la humillación de Alarico. Esa es, en mi opinión, la mayor aportación de la obra que analizamos, suficiente por sí sola para hacer recomendable su lectura.

Como contrapartida debo señalar que la organización de los capítulos me parece su punto más débil. Del propio título de estos tal vez pueda el lector inferir esa ausencia de delimitación clara de los contenidos, siendo así que el título mismo del libro parecía invitar a una ordenación muy simple. Las observaciones y planteamientos de F. en todas las páginas del libro son –con las salvedades que luego señalaré– válidas y aun lúcidas, pero el lector tiene en más de una ocasión la sensación de volver sobre argumentos ya tratados y, al mismo tiempo, no le resulta fácil adivinar el tenor de las páginas que tiene por delante. La rica información contenida en este libro habría encontrado, tal vez, mejor acomodo en el formato de un comentario filológico de todos y cada uno de los himnos del *Peristephanon*, tarea sin duda ardua pero para la que F. está sobradamente capacitado.

Como detalle sin duda menor, me permito la siguiente sugerencia: en el por lo demás acertado análisis (pp. 80-91, y de nuevo en pp. 192-193) de los himnos de Inés y Eulalia me sorprende la ausencia total de referencias a un claro modelo de ambas *passiones* en la muerte de Políxena tal como es narrada por Ovidio (*Met.* 13,450-480), pues también allí aparecen elementos comunes como el motivo del *puer-senex*, la calificación de la *puella* como *fortis*, la referencia (v. 457) a su *generoso sanguine* (cf. *Perist.* 3,51), al gozo por la propia muerte (*necis gaudia*, v. 463), a la inquebrantable *pudicitia* de la joven (vv. 466-467, 479-480) y al llanto del propio verdugo (vv. 474-475). También echo en falta alguna explicación del erotismo situacional y aun fraseológico presente hacia el final de la tortura física de Inés (14,74-78), y ello más allá de su vaga vinculación con el motivo de Eros-Tánatos (así en p. 42). Por último, puesto que sí se pone debidamente en relación la muerte de ambas mártires con el motivo del *de contemptu mundi*, quizá no habría estado de más destacar la posible función axial de la apoteosis de Inés entre la pagana concepción igualitaria de la muerte y el género medieval y renacentista de las *Danzas macabras* (véase *El retrato literario – Tempestades y naufragios – Escritura y reelaboración. Actas del XII Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, Huelva, 2000, 645-652).

Hay, en fin, dos aspectos generales en los que no comparto del todo los planteamientos del autor. El primero es la identificación que parece realizarse (cf. por ejemplo pp. 12, 195-201) entre “tono épico” y “género épico” y el consiguiente tratamiento que se da a la colección del *Peristephanon* como obra épica, algo no aceptable, desde mi punto de vista, por muy evidente y extendido que fuera entre los autores de esta época el fenómeno de la hibridación de géneros. Que el personaje central de un himno martirial tenga altura heroica y que sus gestas alcancen *niveles épicos* de mérito no son factores que conviertan *ipso facto* en épica una obra que, por tratarse de himnos, pertenece claramente al género lírico (dicho sea con la autoridad de Píndaro), pues ese mismo razonamiento debería llevarnos a considerar épica buena parte de la tragedia antigua (baste Antígona de ejemplo). Precisamente podría señalarse el fuerte componente dramático de muchos de estos himnos (obsérvese, por ejemplo, que, siendo tal vez el más cercano a una epopeya, el anómalo himno X, dedicado a Román, por estructura, metro y extensión se acerca más a una tragedia que a un poema épico), elemento sin duda relacionado con su eventual uso litúrgico o al menos didáctico (me permito aquí recordar el diálogo directo que, en el himno V, se produce entre el narrador (vv. 421-432) y uno de los personajes (v. 433), expediente para el que no recuerdo paralelo, pero que en todo caso apunta claramente a un contexto de representación dramática). Del mismo modo, que en su intención claramente doctrinal Prudencio se haya servido de abundantes recursos del *epos* didáctico de Lucrecio tampoco significa que estos himnos sean genéricamente equiparables a la *Apotheosis*, donde tal asimilación al poema epicúreo sí es verosímil.

El segundo aspecto es la “toma de partido” de F. en su afán por hacer visible el valor de la producción poética prudenciana, ayuda que yo entiendo que Prudencio no necesita. Valgan tres ejemplos: al analizar (p. 13) ciertos “defectos” detectables en estos himnos, y con la mirada claramente puesta en el mencionado himno a Román, F. sostiene que el “estilo “efectista” de muchos de los pasajes de la obra de Prudencio [...] lo vincula con un público que sin duda era receptivo a esa clase de discurso”, llegando a plantearlo un poco más adelante en estos términos: “¿La consolidación definitiva del cristianismo [...] no justificaba el sacrificio de una estética clásica en el altar de algunos pasajes de panegírica desmesura?”. Particularmente encuentro más sencillo interpretar que estos defectos son el resultado de la excesiva importancia concedida al mensaje y apostolado, pero que son defectos al fin y al cabo y que probablemente sitúan ese himno entre las composiciones del Prudencio más bisoño: ningún poeta escribe mal a sabiendas de que lo hace, y no escapaban a este principio unos creadores que precisamente supieron encontrar en la belleza de la palabra el arma más poderosa para la transmisión de su mensaje. Es más, dentro de la obra misma de Prudencio afortunadamente Román se queda solo en esos excesos verborreicos y de sobreactuación, siendo Vicente y Eulalia, Inés o Lorenzo, héroes mucho más comedidos y por ello tanto más eficaces.

Otro ejemplo de esta parcialidad encuentro en el tratamiento de lo maravilloso. Dice así F. (p. 32): “A la [mitología antigua] que acusaba de invención poética

ficticia, sin verificación de ninguna naturaleza, Prudencio opone *passiones* históricas [...] Las dota, también, de un *marco de verosimilitud* [mis cursivas] aun en lo que se refiere a sus componentes maravillosos, todos ellos son observados por testigos oculares, históricos...” (y véase de nuevo pp. 177-178). En primer lugar, me parece más ajustado decir que Prudencio opone los antiguos seres mitológicos no tanto a los mártires cuanto al nuevo Dios de los cristianos, como se ve claramente en los poemas doctrinales y, sobre todo, en *Contra orationem Symmachi*. En segundo lugar, la aportación de testigos oculares para hacer creíble lo increíble no es un expediente nuevo, antes bien lo vemos empleado por los clásicos en compañía de otros recursos como las expresiones parentéticas del tipo *mirabile uisu* etc. Baste como ejemplo el momento en que Virgilio nos dice que Dido (*Aen.* 4,453-455) *uidit [...] / (horrendum dictu!) latices nigrescere sacros / fusaque in obscenum se uertere uina cruorem*.

Un último ejemplo de este subjetivismo (en el que por desgracia F. dista de estar solo entre los críticos prudencianos) lo encuentro cuando el autor llega a reconocer (p. 166) “una estatura mayor” a los héroes de estos himnos que a los de la epopeya antigua, y ello tanto por su extracción social más humilde como por su excepcional resistencia física como, en fin, por su “sabiduría natural, conferida por la fe en la palabra revelada”, haciendo así suya lo que fue una tesis argumentada y sostenida por los tratadistas cristianos de la época (cf. pp. 175-183). Naturalmente cualquier lector puede tener la convicción o creencia que estime oportuna, y lo que unos ven legítimamente como resistencia heroica en busca de la vida verdadera para otros puede resultar fanatismo suicida. Ahora bien, en nuestra condición de críticos de poesía (y recuérdese que “censurar y alabar son operaciones sentimentales que nada tienen que ver con la crítica”: Borges *dixit*) tenemos que atenernos a la calidad poética de los personajes, a la adecuación ética de sus acciones y sus vidas, a su capacidad de empatía con el público... y en esa comparación se hacen dolorosamente visibles las diferencias entre Aquiles, Ulises o Eneas, de una parte, y Emeterio, Celedonio, Casiano o Román, de la otra. Por lo demás, y al margen de las convicciones personales del propio Prudencio, esta comparación se inscribe en el motivo literario *olim / nunc*, según el cual la época contemporánea sobrepuja los mayores hitos de las pasadas (para la comparación entre Símaco y Cicerón, cf. *Symm.* 1,632-634).

Las conclusiones llevan el título de “Recapitulación y observaciones finales” (pp. 223-243) y en ellas encontramos la esencia de toda la valiosa aportación del libro, que se cierra con el apartado de “Bibliografía” debidamente agrupada (pp. 245-267). Dado que se trata de una obra valiosa, a la que el estudioso y aun el lector curioso habrán de volver en más de una ocasión, habría sido deseable que se acompañara, al menos, de índice de nombres y de pasajes citados.

LUÍS RIVERO GARCÍA
Universidad de Huelva
HUM-4534 // FFI2008-01843